

**desde la
escritura**

Escritura e identidad*

Claudia Albarrán

1.

Hace varios días escuché la siguiente frase: "Somos lo que escribimos". Es cierto, aunque yo agregaría: también somos lo que leemos. La escritura y la lectura (tanto o más que lo que decimos, que la ropa que usamos o lo que comemos) constituyen nuestra identidad porque son la imagen que presentamos frente a los demás, es decir, son el rostro que los otros *miran*. Si esto es así en todos los casos, en el mío no tiene por qué ser distinto: la escritura ha estado directamente ligada a mi vida, a mi biografía.

Soy la menor de cuatro hijas, nacidas de una pareja disfuncional. Mis padres solían dejarnos casi todos los días al cuidado de la niñera mientras se divertían, ya sea bailando, jugando al póquer o bebiendo martinis hasta altas horas de la madrugada. Su ligereza era tal que, el día de nuestra primera comunión, por ejemplo, la nana fue quien nos vistió con los hermosos vestidos de encaje traídos de España, nos peinó a las cuatro de forma extravagante y nos llevó en taxi a la iglesia que habían contratado con antelación para realizar la ceremonia porque mis papás seguían en la sala de la casa, enfrascados con los amigos en una difícil mano de póquer que, afortunadamente, ganaron, pues consiguieron llegar a la primera comunión en el preciso momento en el que el cura nos metía la hostia en la boca. Pero esa es otra historia.

Lo que realmente quería contar es que comencé a escribir porque, en esa familia tan desordenada y tan ruidosa, era prácticamente imposible hablar o interrumpir las largas conversaciones que mis hermanas y mis

* Texto presentado en la mesa redonda titulada "Cómo escriben los que escriben: la cocina de la escritura", ITAM, 23 de octubre de 2007.

padres sostenían entre sí durante casi todas las comidas y buena parte de las noches. Convencida de haber perdido una batalla "verbal" de mi familia —que, no está de más decirlo, a la fecha no he sabido cómo ganar—, decidí quedarme con las palabras y opté por escribir todo lo que no me atrevía a decirles o a contarles.

Lo primero que escribí fue un diario que inicié a los 13 años durante una larga crisis (toda adolescencia es crítica) y en el que no buscaba a ningún interlocutor fuera de mí misma: estaba escrito a lápiz, en un cuaderno viejo que alguna de mis hermanas había dejado por allí. Anotaba cotidianamente en él para confesar mis secretos, para explicar lo que me pasaba, lo que pensaba y lo que sentía. Era un registro (a veces detallado, a veces superficial) de mi pequeña e insignificante vida, tan adolescente como anodina. Algunos meses después de haber comenzado el diario, descubrí, sin embargo, que esa escritura le interesaba a alguien distinto de mí. Una pareja amiga de mis padres tenía una hija consentida y caprichosa. Se llamaba Pamela, pero todos le decían la Pamelita. Era menor que yo, y solía venir a casa cada vez que mis papás invitaban a los suyos a comer o, simplemente, cada vez que a los suyos se les complicaba cuidarla, pero sin que yo lo quisiera ni lo autorizara. Era una especie de hermana postiza, una prima "de cariño" que imponía sus juegos y violaba mi intimidad en el amplísimo sentido del término.

Un buen día, la Pamelita se topó con mi diario, que yo solía dejar dentro del cajón de la mesita de noche de mi habitación. Para su mala suerte, una de mis hermanas la descubrió leyéndolo y la acusó conmigo. Yo no le comenté nada a nadie, pero, casi de inmediato, comencé a adulterar mi historia y la de mi familia hasta convertirla en una ficción. Entonces, mi escritura dejó de ser un recuento franco y sincero de mis desventuras para transformarse en el falso testimonio de la vida de una adolescente físicamente parecida a mí, pero que se atrevía a hacer y a decir cosas que, a esa edad, yo nunca hubiera hecho ni dicho.

Con toda alevosía y ventaja —y a sabiendas de que ella seguiría entrometiendo sus narices en mi diario—, comencé a jugar con la escritura, inventando una serie de mentiras que me entretenían gran parte de las tardes. Al cabo del tiempo, logré construirme una personalidad tan imaginaria como terrible, con el firme y único propósito de aterrorizar a la Pamelita para conseguir, al fin, que no volviera a pisar mi casa nunca más.

Gracias a la mirada metiche de esta "primera lectora" descubrí que no sólo podía escribir para desahogar mis penas, para registrar mi presente o para entender lo que me pasaba (todo acto de escritura o de lectura implica,

generalmente, una toma de conciencia de uno mismo), sino, sobre todo, encontré que la pluma y el papel eran instrumentos maravillosos con los que podía entretenerme y divertirme, con los que conseguía cambiar de identidad, con los que podía manipular y amedrentar a las personas (¡pobre Pamelita!) y con los que, fundamentalmente, logré construir un mundo a mi antojo, haciéndolo más o menos placentero. En pocas palabras: con la escritura de este diario ficticio encontré, por casualidad, la literatura.

A partir de entonces, he escrito (y leído) infinidad de textos de los más diversos géneros. A los 18 años, era directora, escritora, reportera y hasta fotógrafa del único periódico que ha habido en Valle de Bravo (se llamaba *El Tlacuache*). Escribía guiones y cápsulas de terror (de un minuto) para Radio D, una emisora desvencijada que se localizaba en la azotea de uno de los edificios del centro de la ciudad. También redactaba reseñas de libros para dos o tres revistas sin nombre ni prestigio, pero en las que me pagaban a la antigüita, es decir, con trueque: a cambio de libros o de discos que yo devoraba.

El trato constante con la escritura y con la lectura, el hecho de redactar textos pertenecientes a géneros variados e incluso opuestos entre sí a lo largo de todos estos años han hecho de mí una profesional porque puedo escribir y corregir distintos tipos de escritos con una enorme facilidad: desde cartas comerciales hasta extensos libros de investigación. Hoy, paso la mayor parte del día escribiendo muchas cosas:

- Lo que otros necesitan decir y escribir, pero no pueden o no saben cómo decir ni escribir (cartas, discursos y conferencias para empresarios o políticos). Son trabajos que no firmo, esto es, que llevan la rúbrica de quien me los encargó y en los que, a veces, logro colar alguna idea propia o alguna imagen que me gusta y en la que me reconozco plenamente, aunque nadie más lo perciba.
- Escribo conjuntamente y en los márgenes de los textos de mis alumnos, y lo hago con el propósito de enseñarlos a expresarse mejor. Mi trabajo cotidiano como profesora de redacción es rehacer conjuntamente sus trabajos. Pero enseñarlos a escribir correctamente no sólo implica leer con los ojos abiertos y hacer todo tipo de anotaciones, sino que conlleva el diseño y la elaboración de distintos materiales didácticos: folletos, trípticos, manuales y ejercicios diversos de escritura que elaboro casi a diario y con los que suelo entretener gran parte del tiempo que paso en mi cubículo.

- También escribo como respuesta a lo que escriben mis amigos, mis colegas o mis autores preferidos. Y lo hago con todo gusto y placer, como una forma de agradecimiento y respuesta a lo que ellos dicen o escriben. Suelen ser ensayos, artículos de crítica literaria o incluso extensos trabajos de investigación que oscilan entre lo informal y lo académico. Como *Luna menguante*, el libro que escribí sobre la cuentista mexicana Inés Arredondo y que me llevó cerca de ocho años concluirlo, tras reunir infinidad de documentos, desde manuscritos, cartas y entrevistas *de y sobre ella*, hasta recibos de tintorería o adeudos de sus cuentas telefónicas.
- Finalmente, escribo textos raros. Se trata de una suerte de marginalia de varia invención y variada composición que yo llamo textículos o textovarios. En realidad, integran un solo libro que no sé ni cuántas páginas tiene, que comencé a escribir hace muchos años, que seguramente seguiré escribiendo hasta que me muera y que quizá nunca publicaré. Tiene por título "Telarañas". Está compuesto por crónicas, cartitas, retratos familiares, recuerdos, pequeñas historias cotidianas, gestos y manías de mis parientes o de gente desconocida, con la que me topo en la calle o en el parque. Los escribo cada vez que se me ocurre y, aunque casi todos están fechados, no los firmo con mi nombre, sino con el seudónimo de "La araña", que es el apodo que mis hermanas me pusieron y con el que suelen llamarme de modo cariñoso desde que yo era niña.

Sin duda, soy una de esas pocas personas privilegiadas que, sin proponérselo, ha conseguido vivir de lo que le gusta hacer: escribir y enseñar a escribir. Un alumno acaba de decírmelo de manera fresca y elocuente: "Tu trabajo es tu hobby", me dijo. Y es verdad.

2.

Aunque cada uno de los textos que escribo me pide poner en juego diferentes habilidades, dependiendo del género que se trate y, sobre todo, del público al que está dirigido, podría decir que tengo un pequeño ritual (maniático, como todo ritual) que me funciona a la perfección. Hoy puedo describir este proceso porque he tenido que enfrentarme a mis torpezas, a mi ignorancia, y porque he tenido que vencer mis miedos y carencias a la hora de enfrentarme a la página en blanco.

Mi escritorio suele ver siempre hacia la pared: no puedo escribir con la tele encendida, con cuadros o con fotos frente a mí. Suelo distraerme muy fácilmente. Tampoco puedo escribir con música (ni en inglés ni en español) porque inmediatamente caigo en la terrible tentación de recomponer el verso o la imagen que utiliza el cantante, mejorar el ritmo del estribillo (estudié guitarra clásica cerca de diez años) o criticar el mal uso de alguna preposición que el compositor nunca detectó. También me pasa que, si escucho a los cantantes que me gustan (Sabina, Mecano, Pink Floyd o Dire Straits, por ejemplo) me meto de lleno en sus historias y pierdo la pluma. En pocas palabras, sólo enciendo el radio cuando manejo (y eso, sólo cuando voy sola), porque inmediatamente me pongo a "pensar en voz alta" y a criticar lo que dijo el locutor del programa o las respuestas del entrevistado.

Colecciono diccionarios y siempre trabajo con ellos. No me gusta consultarlos en Internet. Suelo tener sobre mis rodillas el *Diccionario español de sinónimos y antónimos* de Sainz de Robles y recurro frecuentemente a él para mejorar una expresión, para amasar una alguna nueva idea o para buscar la palabra exacta que le dé mejor brillo a la oración. Cuando no sé cómo empezar un texto, paso mucho tiempo hojeando mis diccionarios, sustituyendo una palabra por otra, buscando una mejor forma de decir lo que quiero decir. Me encanta el famoso "Corominas" (que está compuesto por seis volúmenes y cuyo nombre completo es *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*) y también el "Covarrubias" (el título original es *Tesoro de la Lengua castellana*), en los que se explican y ejemplifican con frases, poemas y hasta con fragmentos de novelas los usos y significados que tienen y han tenido las palabras a lo largo de la historia. En alguno de ellos, encontré (hace mucho tiempo) el diagnóstico perfecto de esta enfermedad que yo y varios colegas compartimos. Busqué la palabra locura y decía: "enfermedad que padece aquella persona que busca la palabra locura en un diccionario". De hecho, mi afición por la lectura de diccionarios ha sido tal, que soy coautora de uno de ellos: se llama *Diccionario de literatura mexicana. Siglo XX*, lo coordinó Armando Pereira y, en su proceso de investigación, redacción y revisión, invertimos cerca de siete años.

Soy maniáticamente ordenada, perfeccionista y exigente con lo que hago. Salvo los textos del libro "Telarañas" (que escribo de un tirón, en momentos frenéticos, cargados de inspiración), suelo avanzar muy lentamente, siguiendo paso a paso el proceso típico de escritura que tantos especialistas han descrito: hago una lista de ideas o un flujo libre de escritura; la ordeno y desarrollo las ideas brevemente; luego, elijo las palabras, las imágenes o

las expresiones que serán claves en el texto y, finalmente, las vacío poco a poco, oración por oración, párrafo tras párrafo, en la computadora. A veces, no sólo tengo las ideas, sino el principio del texto; a veces, en cambio, sólo tengo el final y trabajo todo el texto para llegar hasta él; a veces, escribo de forma corrida y libre, sin fijarme en ningún aspecto formal, sabiendo que luego cortaré o borraré ese comienzo de escritura que me sirvió exclusivamente para calentar motores.

Cada vez que me siento frente a la computadora, vuelvo a empezar. Leo y releo *todas las veces* que sean necesarias lo ya escrito, y corrijo párrafo tras párrafo una y otra vez hasta llegar al punto en el que me quedé el día anterior. Sólo así puedo avanzar. Es decir, no consigo escribir de forma fragmentaria o suelta, y tampoco puedo seguir escribiendo ni una palabra más si no quedé satisfecha con lo que hice anteriormente. Cuando, al día siguiente, vuelvo a sentarme frente a la computadora, vuelvo a repetir la misma rutina: releer y corregir cada párrafo hasta llegar al punto en el que me quedé.

Con esto quiero decir dos cosas: la primera es que, cuando termino un escrito, suele estar listo para publicarse; la segunda es que no concibo la escritura sin la lectura, pero no sólo de mi texto, sino de varios tipos de textos. Ya hablé de los diccionarios, que me inspiran, me desbloquean y me permiten elegir las palabras precisas para decir justo lo que quiero decir. Hago también otras lecturas: consulto a autores que me estimulan, que me emocionan y que uso como modelos porque me enseñan a escribir bien o me motivan a seguir escribiendo. Leo autores y libros que me informan y me dan datos o ideas sobre lo que necesito saber para redactar mis ensayos o mis textos de investigación con seriedad. Consulto textos y manuales de estilo, de redacción y de escritura que me enseñan más recursos y técnicas para enseñar a otros a escribir mejor. Suelo leer periódicos, revistas, cuentos, novelas, ensayos y textos literarios que me divierten y me distraen de mi propia escritura, de mi trabajo, y que también me permiten olvidarme de los miles de errores (ortográficos, de sintaxis, de puntuación, etc.) que suelo corregir todos los días en los ejercicios que escriben mis alumnos.

Si, durante su construcción, mi texto me aburre, procuro no abandonarlo. Generalmente, recomienzo hasta que me animo, hasta que encuentro una veta nueva que vuelva a sumergirme en su elaboración, aunque nunca he tenido miedo de borrar de un solo teclazo todo lo hecho para volver a comenzar.

Me gusta tener una fecha límite para entregar los textos. No me gustan los "bomberazos", es decir, me molesta redactar al vapor, para salir del paso,

esa serie interminable de documentos imprevistos que suelen solicitarme al cuarto para la hora. Y, sin embargo, creo que mis colegas pueden decir que rara vez he dejado de redactar algún texto urgente o algún documento por encargo cuando ha habido necesidad de hacerlo.

Debo decir también que gran parte de la clave de este oficio está en escribir a diario y a la menor provocación. Creo en la inspiración. Creo, desde luego, en la genialidad de ciertos escritores, como Borges, que hacían verdaderas obras maestras sólo con recargar la pluma sobre el papel. Pero creo, sobre todo, que cuando uno no tiene ese talento ni esa genialidad hay que aferrarse a la disciplina, al trabajo diario con las palabras. El contacto día a día, párrafo por párrafo, en busca de los secretos que esconden las palabras, así como el reto permanente de conocer y dominar géneros diversos, es lo que hace a un escritor ser un profesional.

Debo decir, por último, que la lectura atenta tanto de mis textos como los de otros ha hecho de mí lo que soy. Mi consejo es leer con ojos de escritor y escribir con ojos de lector. Escribir bien no es una labor fácil. Es un proceso fascinante que nunca termina: se lleva a cabo durante toda la vida ●